

La soledad íntima

En este proyecto de escribir sobre la soledad, yo quisiera decir la dicha de vivir sola, cuando la levedad que la acompaña llega hasta el borramiento de sí en la alegría contemplativa. Pero muy pronto vi que hablar de la soledad implicaba evocar su faz negra, la que toma el rostro del abandono¹.

Así dice Catherine Millot en su libro *¡Oh, soledad!* Fue en un trabajo realizado este mismo año con los compañeros del Cartel de Arte y Psicoanálisis de Lazos Institución Psicoanalítica, que me encontré – y de eso se trató, de un encuentro- con la soledad.

En este libro, la autora -reconocida psicoanalista, discípula y analizante de Lacan- nos presenta un particular testimonio: sobre el atravesamiento de vivencias de profunda soledad y de la transformación que fue efectuando sobre ésta a lo largo de su vida hacia otro tipo de soledad, que podríamos calificar como dulce. Pasaje que realizó no sin recurrir a las letras del psicoanálisis, pero también de artistas diversos, así como de sus maestros, sus amigos (que también son, comenta, los libros de su biblioteca). Múltiples son las referencias de Millot en este libro que enriquecen su amena lectura. Nombrarlas hará que podamos reconocer amistades propias y despertar nuestra curiosidad las desconocidas: Marcel Proust, Rothko, Pascal Quignard, Robert Musil, Bernard Shaw, Giacometti, Bousset, Jacques Demy, Béla Tarr, Werner Herzog, Natsume Soseki, los casi obvios Freud, Lacan, Winnicott, Catherine Millet, Bretón, Caspar Friedrich, Edgar Allan Poe...). Múltiple y versátil compañía para alguien que no duda en llamarse solitaria.

Lectura y *escritura* la acompañaron en ese viaje que emprendió decididamente: estamos ante una mujer que elige hacer de la soledad un estilo de vida, un objetivo.

Muchas veces preguntamos a nuestros incipientes consultantes: ¿desde cuándo padece de esa forma? La pregunta, más que intentar situar en lo fáctico el hecho desencadenante, apunta a empezar a escribir la historia de otro modo que el habitual. Catherine hablará del primer amor, y de la sensación de desamparo que con él vivenció, del mundo que se desmorona si el otro del amor no está. *Un retraso, un plantón, una llamada telefónica sin respuesta, y ese otro, casi indiferente cuando creíamos poder contar con su presencia, se vuelve objeto de irreprímible necesidad, ya que sólo él tiene el poder, a partir de ese momento, de calmar la angustia que originó. En la alternancia de presencia y ausencia puede abismarnos en la nada o volvernos a la vida. El amor, aquí, se parece a un régimen totalitario, nos tiene a su merced, bajo amenaza permanente de abandono mortal, nos priva de la soledad más legítima, la que se confunde con la libertad de pensar en otra cosa que en él o de ir y venir, salir, viajar, cosas todas ellas a las que se renuncia ya que significarían una separación, aunque fuera momentánea.*

Esta vivencia de pérdida que terminó en traumatismo, dejó secuelas en el cuerpo: como ante una herida que no cierra, esta muchacha vivaz, se convirtió en precavida, fóbica- se hacía acompañar siempre por alguien, no importaba quien-, quedó como petrificada, perdiendo algo que consideramos de mucho valor: la confianza, la inocencia ante el mundo, ante sí misma. Un mundo que había quedado vacío de goce.

¹ Catherine Millot: *¡Oh, soledad!*, NED Ediciones, Barcelona, 2014.

Casi. A esta pérdida que la sumió en un estado de pánico, poco a poco, a su manera, fue dándole una respuesta singular. *Otros se fijan como objetivo en la vida fundar una familia y sólo se conciben rodeados por el calor de sus integrantes. Creo que, a la inversa, yo hice de mi capacidad de estar sola mi ambición... también concebía la idea de que la soledad, a través de la propia angustia que suscitaba, era la puerta estrecha que daba a otra dimensión de la existencia: una felicidad inédita... que ciertos momentos de vida dejaban entrever.*

Es en este espacio particular donde empezará electivamente a moverse, a hacer sus movimientos. Primero, con el cine donde en las películas existía la promesa de una vida plena. Signos vitales que aparecían en la pantalla iban despertando los suyos de a poco. Luego, en su análisis y en su escritura, donde, como en un trabajo artesanal, irá bordeando aquellos abismos profundísimos e infernales. En compañía de la soledad, aprendiendo a estar con ella, alternaba sus amores, en una ascesis en la que iba ganando en flexibilidad. Con una pregunta bajo el brazo, o bajo el ser: ¿Cómo gozar de la soledad sin sufrir, sin estar ella cargada de angustia?

La elección de la soledad -nos dice- ha tenido siempre dos caras: la celda o el desierto.

Por el lado de la clausura, despliega el encuentro con Roland Barthes: como a Lacan, lo tuvo cerca, concurría a sus cursos y encontró también en él otro tipo de cercanía: reconocía en sus desarrollos un tratamiento de la soledad, una continua elaboración singular del lugar en el mundo con los otros, similar al que ella se había embarcado. Como a ella, la lectura y la escritura le hacían de irremplazable compañía. Para esas actividades solitarias emprendía un retiro voluntario de la vida social, sustrayéndose a sus obligaciones. Hablará de las comunidades “idiorrítmicas”: se trata de aquellos grupos que se organizan de tal modo en que cada uno de sus integrantes construye un ritmo propio, en el cual intercalar el tiempo en soledad con el tiempo compartido. Evitando el exceso de la soledad, en la que siempre amenaza la acidia.

En esa pregunta sobre cómo sustraerse de las obligaciones sociales, va reivindicando un derecho a quedarse callado, a no dar opinión. Escapa a la demanda de los otros. Pero hay otra más difícil de callar, la del lenguaje interior. Instancia superyoica que obstaculizaba su escritura, que la hacía más pesada.

Es ante la muerte de su madre, ante ese dolor, que elabora un nuevo tipo de escritura que le permite acallar la autoacusación. Para eso, considera indispensable hacerse un silencio profundo.

En el año 1924, llega de visita a la Argentina Rabindranath Tagore -poeta bengalí, primer ganador no europeo del Premio Nobel de literatura. Los periodistas entusiasmados por su llegada, le preguntan qué lo traía a estas tierras y qué esperaba encontrar en ellas. Un enigma los invadió cuando el entrevistado contestó que tenía grandes ansias de conocer las tierras tan bien descritas por Hudson. ¿Quién era ese Hudson, de nombre extranjero y que era invocado tan fácilmente asociado con nuestras tierras?

Quizás lo mismo les suceda a muchos viajantes que pasan por una localidad llamada Hudson o el transitado peaje homónimo y se enteren que tienen ese nombre en homenaje a este señor.

William Henry Hudson, naturalista y ornitólogo, célebre escritor, nació en la Argentina en el año 1841, a unos 30 kilómetros de la ciudad de La Plata en una estancia llamada “Los Veinticinco Ombúes” -la que actualmente puede visitarse como Museo Histórico. A sus 33 años, se marchó hacia Inglaterra y nunca retornó a su lugar de origen. De antepasados ingleses y de padres estadounidenses, la lengua anglosajona -en la que escribió todos sus libros- pareció marcar su destino.

Autor de numerosos escritos de difícil categorización, ya que intercalaba discursos científicos con autobiográficos o digresiones filosóficas, Joseph Conrad dijo de él²: *Uno no puede decir cómo este hombre consigue sus efectos: escribe como crecen los pastos.* De Borges, resuena este fragmento de su *Nota sobre la Tierra Purpúrea*: *...Hudson refiere que muchas veces en la vida emprendió el estudio de la metafísica, pero que siempre lo interrumpió la felicidad. La frase (una de las más hermosas del mundo) es típica del hombre y del libro. Pese a la brusca sangre derramada y a las separaciones, The Purple Land es de los pocos libros felices que nos han deparado los siglos.* El más famoso entre nosotros quizás sea *Allá lejos y hace tiempo*, que como frase pertenece a *lalangue* argentina.

Pensemos un instante en estos parajes que habitamos, cuando eran escasos en población, en cemento, en ruido, en distracciones. Considerando los pájaros y los árboles que Hudson describe, salvando algunas variaciones y pérdidas, siguen siendo las mismas especies, las que todavía podemos dejar que nos llegue su mensaje, si nos detenemos un instante a escucharlos.

Millot acude a Hudson para hablar cuando el modo de soledad elegido es otro que el de la celda. En este caso, la realización de la soledad se une con la vastedad de los grandes espacios. A pie y a caballo, errante por la Pampa en su niñez y luego por la Patagonia, el incipiente ornitólogo experimentó en los campos y en el desierto la realización de una soledad que surgía con el encuentro con la naturaleza. Sobre todo en la Patagonia, a la que se dirigió en busca de nuevas especies de pájaros y se encontró con un inesperado tesoro que guardaba el desierto que allí reina desde tiempos inmemoriales.

En *Días de ocio en la Patagonia*³ dice:

“Para mí, no hay nada tan delicioso como ese sentimiento de alivio, de desahogo y libertad absoluta que se experimenta en una vasta soledad donde el hombre tal vez nunca ha vivido, o por lo menos no ha dejado rastros de su existencia”.

“... me sentía tan solo y lejos de toda mirada humana que parecíame estar a mil kilómetros, en vez de sólo diez que me separaban del río y del verde valle escondido. Ese desierto que se extendía hasta el infinito, nunca cruzado por el hombre y donde los animales salvajes eran tan escasos que ni siquiera habían dejado un sendero visible, se me presentaba tan primitivo, solitario y lejano que de morir allí, nadie habría hallado mis restos, olvidándose, tal vez, de que alguien salió a caballo una mañana y no volvió más”.

² Guillermo Enrique Hudson, *Páginas escogidas*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1989.

³ Guillermo Enrique Hudson, *Días de ocio en la Patagonia*, Biblioteca Virtual Universal, 2006.

Ante este poder desaparecer sin que nadie lo supiera, experiencia que suele vivirse como terrorífica y que se escucha cada tanto en los análisis, aquí aparece en otra vertiente que bien rescata Millot: *aquella emoción que puede suscitar la naturaleza con su poder, que le permite prescindir tan fácilmente de nosotros. Nuestra existencia, al mostrarse tan superflua, se vuelve liviana como una nube.*

Liviandad opuesta a lo pesado que nombraba Barthes, puede encontrarse si se escucha el silencio.

Dice Hudson: *Tal vez sea erróneo decir que me sentaba a reposar, puesto que nunca me sentía cansado, y, sin embargo, sin experimentar fatiga alguna, esa pausa de la tarde, durante la cual permanecía inmóvil y como olvidado del mundo, me resultaba en extremo grata. El silencio, tan profundo, tan perfecto, era siempre muy agradable... en ese nuevo estado de ánimo era imposible pensar... mi mente que antes era una máquina de pensar, se había transformado repentinamente en una máquina con finalidades desconocidas.*

Cabalgatas sin rumbo fijo, reposos en silencio profundo, operaban día a día generando un surgimiento sorpresivo de “un nuevo ser”. Sólo el haberlo entrevisto nos interroga como un enigma acuciante. *Entonces acudimos, siempre demasiado apresurados, a las explicaciones o a las interpretaciones que nos proponen nuestros viejos modos de pensar, nuestras referencias intelectuales, el repertorio de nuestros prejuicios.*

Podemos imaginariamente transportarnos a las vastas inmensidades del desierto, para encontrar allí algo que, paradójicamente, palpita muy cerca. Algo que está fuera, pero a la vez dentro. Ajeno, pero propio. Como Hudson.

Versión de la soledad entonces, como vía para acceder a la vida en su desnudez, y su inquebrantable núcleo de luz. Entrevemos en estas reflexiones, lo real de la pulsión y su empuje vital, que intima a dar respuesta.

Las letras de Hudson, científico de la naturaleza, lo explica con sus términos. Nosotros, psicoanalistas, afinamos nuestra teoría para intentar cercar allí un real, con la intención de conmooverlo en la práctica que nos compete.

Volviendo a Millot, parece que es ahí mismo, en el proceso de escritura, donde va tejiendo una singular respuesta ante la pregunta que declara sobre la *misteriosa transmutación de la angustia -siempre relacionada con el vértigo y el pozo-, en esta serenidad contemplativa, que, a veces, culmina en la alegría de desaparecer en la visión de esas cosas que resultan tanto más hermosas cuando prescinden y menos se preocupan de nosotros, y cuya belleza reside precisamente en ese poder que tienen de anonadarnos.*

Un análisis es un recorrido, arduo y sinuoso. Impredecible. El analista ha vivido la experiencia de su inconsciente e interviene propiciando que quien consulta, sumido en sus padeceres singulares, se aventure a hacer el propio. Durante el mismo, la vida no cesará de dar sus golpes. Es nuestro trabajo como analistas, también acompañar a los sujetos en eso impredecible.

Tomamos una disposición abierta, atentos a los prejuicios para no ponerlos a jugar, reconociendo en el mismo devenir de la cura, esa esencia no medible ni que puede

anticiparse: la dimensión del sujeto, cuya dignidad proviene de lo nunca del todo atrapable. Parece ser que eso tampoco cesa. Disposición del analista que es invitación a la creación: desde el analista, creación de las condiciones para que el sujeto emerja; desde el analizante, responsabilidad de hacer algo con la falta que lo habita⁴.

Tal nos parece, la de Millot en este camino, que nos alecciona.

En sus letras, muestra las dificultades y los frutos de tal aventura. Junto al suyo, despliega otros testimonios de los que se vale para elaborar sus soledades y que dicen de la ganancia de aquel que decide no retroceder ante lo real, sino hacer algo con eso, en eso. El real de la soledad, que es vivida en todas las vidas, inevitablemente: una muerte, una enfermedad, el encuentro con el organismo propio, el encuentro con el cuerpo de otro, el sexo, el síntoma...

La posibilidad de interrogar esta vida y sus pérdidas, de sembrarlas con nuevas letras, promete un despojarse de lo accesorio, desprenderse de esas miserias neuróticas que obstaculizan la realización del sujeto, que más bien lo entranpan en lo mismo de siempre. No retroceder a lo real⁵, del sujeto podríamos decir, implica ya una dirección, una indicación. A confrontarse con lo no sabido.

Recordamos que, al confirmar la pérdida del primer amor, la sujeto Catherine quedó como en el borde de un abismo, “del tipo -dice- que nunca se termina realmente de cerrar”. Lo describe de esta manera: *Pérdida de la seguridad del suelo, es pérdida también de la confianza con los otros, con el mundo y pérdida también de la inocencia*. Está en juego algo del orden de lo irrecuperable, “*tendría que arreglármelas sin esa seguridad, inventarme otro suelo si fuera posible, o aprender a manejarme en ese abismo, acomodarme a él, vivir con él. Se formó allí un borde de angustia que traté toda mi vida de domesticar. Cuando tengo fuerza para ello, y así es cuando escribo, me afano por mantenerme en ese borde, bien cerca del vacío. A veces me imagino como un espeleólogo, bien sujeta a la cuerda de la pluma*”. Metáfora radiante, el espeleólogo es aquel que estudia las cavidades naturales del subsuelo, se discute también los límites con el deporte (el lenguaje nos ayuda: es un deporte *extremo*), donde se perfila un goce de mantenerse al borde del abismo. Atada a la cuerda, por momentos despacio, estudiando, contorneando, atenta, arriesgando, soltándose. Se asemeja al pintor, que con su intermitente pincelada y sus diferentes tiempos, con trazos más seguros, otros dubitativos, va determinando el inédito e irreplicable final de la obra. Millot se pregunta ¿la soledad feliz es posible sin obra? Y dice: de todas maneras, la obra reclama soledad.

Esa obra precisa un espacio particular. Espacio difícil de describir, de delimitar pero que leemos sus eficacias. Por ejemplo, la de encontrar, donde ese encuentro se trata de un armar, de un ir construyendo.

La experiencia que nos escribe Millot nos da un ejemplo paradigmático: experiencias de encuentro con lo real, hay ruptura del yo, de sus límites, caída angustiada, pero para ir domesticando los bordes de la inexistencia (el no ser nada para el Otro), donde el sujeto se entrega a esas fuerzas “estragantes” gustando de ellas, captando de esa manera, de que no lo son tanto. Olvido de uno mismo, incluso de lo útil, del cuidado de sí. Libre de

⁴ Ernesto Vetere: *La invención psicótica de la transferencia*, Ed. Lazos, 2014.

⁵ Isidoro Vegh: *Hacia una clínica de lo real*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1998.

la fatiga del sentido y del sostén de la parada fálica, pero con la cuerda. Gustando de la soledad, convertida así en algo vital. Ya no está petrificada, se mueve, se flexibiliza. Ya no sufre pánico, está serena incluso ante los bordes de angustia... hay que aclararlo: cuando puede. Se trata dice, de un *abismo pacificado*. Trabajo continuo, cada vez, ante cada encuentro con lo real, que es trabajo de hacer con sus marcas. Las tuyas son la de un traumatismo que, luego descubre, fueron los viajes obligados de su infancia, hija de un diplomático, iba perdiendo lugares y seres queridos en cada mudanza obligada. Extranjera eterna de pequeña, pudo encontrar en su adultez un gusto en esa “extranjería”, sin quedar siderada como sujeto.

Más allá de las singularidades, podemos concebir una soledad universal, como un enigma al que cada uno deberá construir su propia respuesta. Si es en un análisis, las chances mejoran: la experiencia del inconsciente como hiancia, como causa del deseo, posibilita la movilización de lo pétreo de la pulsión, que deja al sujeto acéfalo. Lo sintomático, reuniendo goce y trazo subjetivo, resulta señalizador a la vez del material a remover y del trabajo a realizar.

Encuentro con la soledad, con la posibilidad de hacerla causa, y que genere ese trabajo movilizante de una palabra que lleva a otra y que llega a tocar sin dudas un real. Real de un goce que, rechazado en una primera instancia necesaria, se puede poner a jugar en la ley invertida del deseo. Algo se mueve.

Entonces la soledad íntima. Intimar, es decir, “requerir por la fuerza u otro medio el cumplimiento de cierto mandato, el cual lleva implícito una amenaza si no se obedece”. Leído desde el psicoanálisis, un deber ético de propiciar la realización del deseo del sujeto, aún ante las inclemencias más devastadoras de lo real. Ante la “desobediencia”, la amenaza es la acidia, faz negra de la soledad.

De ese tipo de soledad, a otra: intimar también quiere decir generar un vínculo íntimo con otro. La soledad, entendida aquí como aquella experiencia inevitable, dolorosa, real, íntima al sujeto a dar una respuesta. Si esa respuesta conecta con el lazo social, las posibilidades de dulzura son otras.

El arte -y el psicoanálisis puede valerse de él para aprenderlo-, es vía regia para encontrarse con el otro, y que allí la falta viva.

Como en los poemas de Roberto Juarroz⁶, en uno cualquiera.

Hallé un hombre escribiendo en sus huesos

y yo, que nunca he visto un Dios,

sé que ese hombre se parece a un Dios.

Había en su gesto algo

equivalente a la norma o el olor del suicida,

⁶ Roberto Juarroz, *Poesía Vertical*, Visor Libros, Madrid, 2008.

*un abismo o un silencio
que divide al universo en dos partes exactas y nocturnas.*

*Escribía en sus huesos
como en la arena de una plaza horadada desde arriba
y con la integridad de un ojo
que encerrara en sí mismo también al pensamiento.*

*Pero no pude mirar sobre su hombro
para ver qué escribía,
porque también en su hombro escribía.*

Patricio Tejeiro